



Editorial



**Hna. Gloria Liliana Franco Echeverri, ODN
Presidenta de la CLAR**

Nuestra utopía de sentido es el Reino. Ubicados como estamos en distintas parcelas del Reino y conscientes de que Dios habita en lo profundo de la realidad, estamos invitados a soñar una Vida Consagrada que se recree al ritmo del Espíritu, en atención a la realidad que, desde el lugar de lo germinal, se atreva a lo insospechado, a la frontera, a la misión, a la salida.

Asistimos a un mundo en estado de éxodo, de peregrinación. La migración configura una nueva sociedad, transforma la cultura y nos desafía a la utopía de lo fraterno y sororal.

Como lo recuerda el Papa Francisco en *Fratelli Tutti*, hoy, para muchos, los “sueños se rompen en pedazos” (9); vivimos una profunda crisis de las utopías y un aparente fin de la consciencia histórica. Ante esta realidad, nos hace bien pensarnos como ciudadanos del planeta, más allá de nuestras propias fronteras y desde dinámicas capaces de reconocer la historicidad, de retornar al origen, a la memoria común que nos recuerda de dónde venimos y para qué existimos.

En un sistema que tiende a la masificación y que además cosifica, urge defender la dimensión comunitaria de la existencia, tenemos que hacernos guardianes de lo común. Estamos llamadas/os a recuperar la conciencia histórica, a privilegiar el pensamiento crítico, a retornar sin tregua a la dimensión profética de la Vida Consagrada, a la defensa de la dignidad humana y de la justicia y a generar caminos de encuentro e integración.

En apertura al momento histórico, estamos convocadas/os a percibir la complejidad y densidad de la vida, llamados a hacernos más aptos para convivir con las incertidumbres y las contradicciones de nuestra condición de seres humanos, transformando las sombras y dificultades en posibilidades de crecimiento, resignificación, formación y compromiso.

En un mundo como el nuestro en el cual tendemos a dividirnos y polarizarnos, para enmascarar espirales de violencia y corrupción, nos urge romper con inmediatismos, fortalecer y favorecer el “nosotras y nosotros”, lo plural, y empeñarnos en el cuidado de lo común, del medio ambiente, de los bienes de la creación, de la vida en todas sus formas. Ser artesanos del cuidado es el imperativo.

A la Vida Consagrada le corresponde insertarse en el contexto, conocerlo, para poder interpretarlo y cuestionarlo, para habitarlo y enriquecerlo con nuevas narrativas y perspectivas. Hoy más que nunca urge que hagamos un análisis a fondo de la realidad, que vayamos a las causas y posibilitemos estrategias de sinergia, encuentro y discernimiento que generen compromiso y transformación.

Nos corresponde ayudar a generar dinámicas relacionales en las que las diferencias puedan convivir complementándose, integrándose, generando riqueza y posibilidad, comunión, en miras al proyecto compartido, al bien común.

Precisamente en medio de esta realidad en la que se acrecientan racismos, xenofobias, fronteras y nacionalismos excluyentes..., justo ahora, que la idolatría del individualismo nos cierra en nichos de confort

e indiferencia, y cuando nos cerca la tentación de levantar muros, el gran horizonte que se abre ante nosotras/os nos viene dado por la invitación a recuperar la utopía de lo fraterno. No podemos permitir que el miedo, los prejuicios nos priven de la posibilidad del encuentro, de asistir al banquete de la diferencia.

Los artículos que estamos convidados a transitar en esta edición de la Revista CLAR, nos acercan a la realidad y en ella a los miles de mujeres y hombres que hacen la andadura en busca de una trinchera, nos recuerdan que el territorio es un derecho y que desde nuestra identidad de consagradas/os debemos empeñarnos en contribuir a la construcción de un mundo de hermanas y hermanos.

Con María, la mujer que supo de camino y migración, la Virgen de la espera fecunda, soñemos una Vida Religiosa capaz de abrirse a la novedad del Espíritu, dispuesta a reconocerse pequeña, amada y salvada, apta para recorrer con osadía nuevas parcelas de misión.

A las puertas de este Adviento, unámonos a la Iglesia que sueña, a la que no se paraliza en esterilidades, a la que sabe abrirse camino en medio de constantes complejidades e incertidumbres. A la Iglesia que cree en el valor de lo común, que se concibe sinodalmente, a esa que tiene los ojos puestos en su Dios.